

Mario Marín

El color de las pulgas

EDICIONES DEL VIENTO



© Mario Marín, 2015

© Ediciones del Viento, 2015

EDICIONES DEL VIENTO S.L.

C/ Alfredo Vicenti, 32 - 9º / 15004 A Coruña

www.edicionesdelviento.es

Maquetación: Inés de la Peña

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN: 978-84-15374-85-5

Depósito legal: C 1401-2015

Impresión: Artes Gráficas Eujoa

Impreso en España / *Printed in Spain*

*A la caída de la tarde
San José de Arimatea
dejó la radio en el suelo
y se puso a bailar.
No pensaba en el trabajo
que había puesto en su hacienda
y siempre había sospechado
quién le robaba las almendras
pero esta vez lo vio
y lo invitó a fumar.
No tenía ningún callo
que lo avisara de tormenta
nunca supo distinguir
la estrella polar.*

San José de Arimatea
Kiko Veneno

*Siempre estoy en cualquier bar
bebiendo para olvidar
lo equivocada que estabas.
No soy un tipo normal
y por eso crees que
no puedo darte cariño.
Sé que soy una alimaña pero tengo corazón.*

Alimaña
Pablo Ramallo / Los Cafres

Uno

Estaba escuchando el *Perfect Day* de Lou Reed frente al escaparate de la tienda de la china guapa, en la calle José Fariña, pero era un día asqueroso, una mierda de día. La música salía del transistor de la Bodega Viaplana. Hacía un año del suicidio de Luisa y casi cuatro de la muerte de Cati.

Tras la pausa publicitaria, la música cambió a unas sevillanas de Rafael del Estad y yo me grillé con unas nubes de levante que tiraban para Punta Umbría. Estaba cambiando el tiempo y me dolía mucho la cicatriz del tobillo. Encendí un cigarro contra la pared y me acordé de la cosa, del mamoneo alargado durante meses, de lo que había pasado.

A los diez años de conocerla en el Bar Bi los detalles más mierdas pasaban ahora por mi cabeza. La mañana estaba como clueca. El azul alto de Huelva en el cielo, también el olor a caño traído de la marisma, con un viento muy bajo. Entraba flojo por los portales y salía como espantado.

No haberla escuchado. Un montón de mañanas ciego, al sol, sordo al banderín blanco. Luisa me hablaba de una poza, de su poza.

Ahora a mi lado estaba Juanita, un bujarra tan bonito como el recorte celeste de las tardes sobre la retama, en La Bota, sobre la arena, sin toalla, con un litro y un porro. Juanita es amigo del barrio desde siempre, muy maricón desde chico. Bajaba a la plazoleta con las uñas y los labios pintados y se ponía de portero. Era buenísimo. Y sin miedo. Se te tiraba a los pies y se dejaba media carne en el cemento. Después se levantaba rápido, muy parguela, con el balón contra el pecho, y se ponía a gritar, que había que cerrar más, que delante solo uno. Sabía mandar. Un

MARIO MARÍN

máquina, sin guantes, sin rodilleras, siempre con la camiseta de portero de su hermano. Un amigo de verdad, sin miramientos ni paraqués.

De grande, Juanita se había sindicado al relumbrón, al exceso, como una enorme bola de merengue sobre hojas de ibérico. Además tenía la polla como un febrero bisiesto. Lo sabíamos desde el colegio, de las pajas. Juanita se liaba y le salía por encima de la mano más de la mitad. Lo flipábamos.

Juanita me ayudó con todo cuando lo de la muerte. Yo había entrado en la salita y con la misma me había salido al balcón también como un difunto. Me había entrado por el vientre un frío como con dentera. Abrí el cierre y busqué la calle. Abajo Juanita, junto al terraplén, con un vestido rojo estampado y un pañuelo a la cabeza. Hablaba con un nota, le indicaba una calle con el abanico cerrado. En la otra mano un cigarro. Fumaba Moret. Con las manos y como pude, le dije que tenía que subir.

Ya dentro, él arregló. Quédate tranquilo, yo me ocupo de todo. Vete a la cocina y tómate cualquier cosa, tendrás Barceló, o esa mierda de vodka del Mercadona que tanto te gusta..., anda, cualquier cosa..., agua si quieres, pero déjame que yo mire cómo empezar con todo esto.

Luisa estaba muerta en casa de mi madrina, sobre el sofá rojo. Una de sus manoletinias se había caído y se apoyaba sobre la base de la repisa del teléfono. Se había quedado dormida viendo una redifusión de *Salud y belleza*. Lo presentaba Lorena Martín, una chica con muy poco pecho y quizás más apropiada para algún formato de mensajería.

De la boca de Luisa salía una corteza de baba ya seca. Era de color verde y el olor como a chivo viejo. Todavía ahora lo tengo entre la nariz y los ojos. Porque quitarse la vida termina precipitando en un olor intenso que se queda en los sitios donde haya sido durante mucho tiempo. Y también en tu cabeza. Pero centralmente, un olor flotando. Durante un tiempo te sueñas los mocos y está ahí. También en las legañas, saliendo de dentro. Es

un olor espitoso, de delito, de mojón pisado. Algunas culturas mierdas lo ven como la forma honorable de escapar de algunas situaciones humillantes, de rollos muy dolorosos. La cosa es rara, porque para serlo, la muerte tiene que ser el motivo del acto, y no su consecuencia. Otros mierdas van de suicidas pero solo son unos pirados. Ahí tienes a los mierdas que se inmolan, o a los mierdas rollo mártir, rollo cristiano quemado. Eso no vale. Ni los héroes. Así que fuera los policías buenos y los bomberos en acto de servicio. Esos tampoco.

Juanita me llamó y me dijo que no era cosa para nosotros, que tendría que venir un juez, algún médico y quizás también algo de policía. Yo había mezclado el ron con un culo de vodka que quedaba en el armario. Sin hielo.

Sobre las doce todo estaba acabado. A Luisa la llevaron al depósito. Un edificio mojonero y ansioso. Y enfrente, al otro lado de la carretera del cementerio, otro tanatorio igual de mierda, con hormigón donde no toca, cristal hasta doler, punto sueco para los muebles, mostrador con señor educado y cestito de caramelos. Y brillo, un brillo que parece limpio, que toca los cojones.

Al poco rato aquello se llenó de familiares suyos. Del centro. Tipos altos con trajes negros y señoras con cardas en el pelo y blusones que disimulaban su gordura. También tres adolescentes golfas que salían a fumar a la parte trasera del tanatorio y tiraban las colillas a los pies de un San Sebastián de marmolina. Podrían ser las hijas de su hermano Alejandro. Luisa me habló algunas veces de él y de la elefanta de su mujer.

Apenas estuve una hora. Juanita me sacó por la puerta de la cafetería y me dijo que nos íbamos, que ya no podíamos hacer más. Me llevó a La Higuera y me pidió un caldo. Yo le dije que mejor un vodka. Al final de la barra estaba Javi, que se tomó otros cuatro con nosotros. Javi es buen amigo y un tío con gusto. Siempre con el pelo largo por detrás, muy macarra, muy guapo. Se lo alisa con el cepillo redondo de la hermana y le queda metido para el cuello. Javi siempre lleva una bolsa de tela azul con

MARIO MARÍN

roña mangada. Se la dieron en un curso de soldadura que hizo con Diputación. Dentro lleva radiocasetes, esclavas, gafas buenas, móviles, anillos, relojes y consolas. Javi lo flipa con armar y desarmar. Siempre de noche. No le gustan mucho las escandaleras, tampoco lo grande. Javi mata la alarma, saca su ganzúa, abre la puerta del local como si fuera su casa, abre el llavín de la vitrina, pillá dos o tres perlitás y lo deja todo como estaba. Por las mañanas hace su ruta por los bares, vende o cambia lo que puede y adiós.

Es un tío sencillo, rollo humilde. Muy callado. También es un majara de la música. Le silbas el inicio de cualquier marcha y antes de abrir la boca te dice si es de palio o de cristo. Le viene por el abuelo, otro majara, pero religioso. Los apuntó a él y a su primo a la banda con seis años. La tuba y el bombo. Ahora Javi ya no toca nada. Solo manga y negocia.

A las cuatro se le acercó un niñato con la novia. Javi le vendió unos aros de plata y pidió tres vodkas más.

Dos

Juanita había venido a verme. Sabía que yo empezaba las mañanas fumando un porro en el poyete de la tienda de Orange, frente a lo de la china guapa. Sabía también la fecha que era y quiso invitarme a un coñac en el Daro. Por Luisa y por ti, porque erais una pareja de dulce, y porque no fuiste tú, Domingo, no fuiste tú. No lo marees más.

Yo le dije que tenía el estómago vacío, que mejor me tomaría dos.

A esa hora la calle José Fariña es ya una pequeña pero atractiva arteria comercial. Todo empieza con una parada de taxis justo en su final, donde se mezcla con Federico Molina; haciendo esquina está la Óptica Vista. Allí compran los horteras sus Ray Ban para las novias cuando cobran la extra de julio. Porque es una calle muy poco elitista, no es el centro ni mucho menos. No hay grandes franquicias ni locales de dos o tres plantas. El olor es a tienda de buenos días. No hay niñas marcando tetas y vestidas de negro diciendo que si deseas algo. Todo es mucho más popular, como un gran rastro mejorado. Tiene el BBVA con el kiosco de los ciegos al lado, frente a Berlanga. La Caixa con el MAS y la frutería Los Cuñados enfrente, El Monte con su mierda de logotipo, el Banesto frente a Los Ángeles de la Salud, el videoclub Las Delicias, las inmobiliarias, los dos restaurantes chinos con el punto plástico chino, el bazar de la mora pezonera, el estanco, los bares, las ferreterías, un montón más de negocios y hasta dos talleres de coches y hasta una parroquia, la de Santa María Madre de la Iglesia.

Y la vivimos gente muy barrera, poco dados a salir por los alrededores. Al centro casi nunca.

MARIO MARÍN

Mi amigo Andrés, Andrés Morales, ha estado pocas veces más allá del Barrio Obrero. Lo más, unos ponches en el Guanahani. No ha entrado tampoco en el Hipercor, ni ha visto las calles céntricas peatonales, ni tampoco el cagajón de la nueva Plaza de Abastos. Mi amigo Andrés compra en el barrio, bebe, come, tima, fuma y folla en el barrio; es fan de Jordi Hurtado. Si quiero tomarme una cerveza con él, solo tengo que pasarme por el Daro a la hora de *Saber y Ganar*. Mi amigo Andrés dice siempre que el dinero sí que da la felicidad, que si él fuera listo concursaría en el programa y sacaría lo suficiente como para vivir varios meses sin hacer nada. Andrés no trabaja, ni dentro ni fuera del barrio. Vive con su madre y su padre. Y aparte de lo de Teresa, no ha tenido novias ni queridas en los últimos veinte años. Solo polvos con algunas vecinas y con putas. Andrés dice que no vale la pena, que está bien como está, que total, Domingo, que si hubiera estado para mí, pues... Pero para lo que hay... ¿Que no?... Pues eso, que como Luisa muy pocas, Domingo. Vamos..., ninguna.

Tres

A los dos días de estrenarse *El Gran Juego de la Oca* yo me fumaba un porro con Andrés en el poyo de Bricolage Madelva. Andrés me hablaba de las tetas de Lydia Bosch y las comparaba con las de Patricia Pérez.

—Es que no es lo mismo, Domingo, cuando tú las veas hociconas detrás de la blusa, sospecha, ahí hay mamoneo. Solo tienes que ver cómo se le mueven en el plató a una y cómo se le mueven a la otra. Cuando tú, Domingo, veas que una mujer se gira y no se le mueven... Ahí no, Domingo, ahí no. Tú te comes unas castañuelas y qué... Como la raya en amarillo, Domingo. Es la textura, la muerdes y... Rollo grima, Domingo. Pues fíjate el próximo sábado, cómo se mueven unas y cómo se mueven... ¿Me explico?

Julito salía de la calle Pastillo y bajaba por José Fariña con un punto de conocido por algo.

—...de las revistas o de la tele, pero a ese muchacho lo conozco de algo. O cantante, o futbolista o de algo. Un artista, creo... De alguna cosa de algo. Míralo, míralo ahora, ¿a que sí...? ¿A que lo conoces tú también?, ¿a que sí...? De la tele o de algo, ¿a que sí...? Mira qué pelo. Es algo..., de la tele o de algo.

Le pasa siempre. Si viene conmigo al centro por cualquier historia de papeles o de rollos, la gente se cruza con nosotros y se vuelve. Como con los aparecidos pero sin jiñarte. Tiene un aire bonito que le acompaña siempre, una cosa agraciada e invisible alrededor que lo baña con una luz guapa como de tardes de pesca. En invierno, muy temprano, cuando los días salen más fríos y hay que armarse de ropa, se fuma siempre un cigarro en el balcón con su buche de café negro, pasa otra vez por el baño y mea,

MARIO MARÍN

pasa otra vez por la cocina y enjuaga el vaso con agua, después encaja las gafas de sol en el pico del suéter blanco o en lo que lleve, se sube los calcetines, se cruza un pañuelo al cuello con cualquier nudo, se saca el pelo por detrás, sale a la calle y parece un santo. Como un rollo frescura contagioso.

Esa mañana llevaba unos pantalones vaqueros elásticos Levi Strauss y una camisa roja cuello Mao con dos vueltas en cada manga. Abajo mocasines blancos. Julito es un tío muy elegante. Siempre con su melena solo por el cuello, siempre afeitado, con su loción, con la esclava de plata, con el reloj digital, con una claridad muy grande en su cara cuando te da la mano. No te la suelta hasta que ha dicho todo lo que acaba de explotar en su cabeza en ese momento. Julito se inspira mucho cuando te da la mano.

—Domingo, coño, da gusto verte, cada día estás más nuevo... Eso es de dormir bien... Yo da igual que coja el catre fumado, ni que lleve toda la tarde... Duermo regular con la puta mierda del taller de abajo. El mierda del cabrón de Ramiro. A las ocho... Leña. No sabe arreglar si no zumba, el hijo de puta. Un filtro del aire..., leña. Un cambio de aceite..., leña. Unos manguitos..., leña. Unas pastillas de freno o una bomba de lo que sea... Quedarse hasta las once, imposible, Domingo. O me levanto o lo tengo que matar. Y cualquier mañana me bajo, Domingo, me bajo, le pego tres hostias, le meto la del veintidós por el culo y me subo a dormir como una loca, porque el mierda parece que disfruta... Martillo para todo..., para todo, Domingo. Y dormir hace falta..., dormir es como el comer, Domingo. Beber, mear, cagar, comer, el aire... Todo eso es igual, te lo pide el cuerpo..., es obligado. Y al cabrón me bajo y le doy, Domingo, al final le doy.

Andrés lo vio, le dio una calada larga para montar humo, le silbó y le enseñó el porro como si fuese una antorcha. Julito cruzó, se apoyó en un Renault 5, le dio dos caladas seguidas y nos dijo que se había follado a Cati.

—Iba cargada con cuatro bolsas del Econuba, dos en cada mano, los dedos como cardenales, acezando. Le digo que si se

las subo, me dice que sí, que gracias, hijo, que qué bueno he sido siempre. Subo con las bolsas... Ella así —calcaba la manera de subir los escalones de Cati—, por las escaleras, con las llaves en la mano y el monedero debajo del sobaco, delante de mí, así, con el culo aquí, así, aquí —Julito le daba otra calada al porro y se ponía la palma de la mano en la cara. Todo muy cómico y exagerado. Se reía flojo y esperaba el final de nuestra bulla para seguir contando.

»Entramos en su casa —se dirigía sobre todo a Andrés, que se apoyaba con dificultad en la pared y se reía sin control—, me dice que si quiero agua fresca. Agua, compadre, así, compadre... Con las tetas así —nos reíamos los tres sin control—... Le digo que sí que quiero y me acerco. Yo con el paquete crujiéndome ya los *braslips*. Me dice que si quiero algo más... Le digo... Cati... Y en el rincón de la lavadora, pum. Con el gato canelo rozándome las piernas y el cesto de mimbre de la ropa chascando...

—Eres un cabrón, Julito, eres un cabrón malo, Julito... Le subes las bolsas y..., en el lavadero... ¡Qué mamona! —Andrés lo decía riéndose, agarrado a mí y con lágrimas derramadas en los ojos.

—Cabrón no, Andrés, cabrón no —volviendo a fumar y buscándome a mí—, me mira así y me dice..., con las tetas así, Domingo..., que sí quiero agua fresca..., así, Domingo, con las tetas así...

—¿Con Cati..., hijoputa? —preguntó Andrés, mirándome también a mí, riéndose fuerte y pasándome el porro.

Cati era del barrio de siempre. Una señora de la de buenos días, de cómo está tu madrina y de cuándo viene. Yo me he hecho muchas pajas con Cati. Cuando tenía menos años, Cati era total, una máquina. Daba gusto verla venir de comprar, agarrando dos y tres bolsas en cada mano y las tetas apretando. El blusón canesú con los dos primeros botones sueltos, y las faldas entalladas, de tergal o de mezcla de lana, apretándole también. Una maravilla de mujer que nos tuvo fatal durante los primeros años de empalmes.

MARIO MARÍN

Vivía en la calle Pastillo, sola con sus dos gatos, uno canelo y otro pepinero ceniza, en un segundo, en el bloque del ATS. Cuando empezó a follar con Julito tenía sesenta y siete años. No se había casado nunca ni tenía hijos. Era muy gorda, pero con un gordo bonito. Con unas tetas meloneras que no se habían caído nunca. Preciosas, con la curva justa perdida debajo del pezón, rollo ida y vuelta.

Tenía su cintura y un culo poderoso, todavía enterizo y muy blanco.

—La voy empujando, así —Julito escenificaba con Andrés lo que él entendía por un cortejo adecuado—..., con respeto, por el brazo, hasta el lavadero. Le cojo la cabeza por el moño, la bajo, me saco la churra y se la meto entera en la boca..., y yo lo flipo. Cati chupa níquel. Termino enterito en su boca, y sigue..., me la pone dura otra vez, la atranco contra la lavadora y le voy subiendo la falda, le doy la vuelta, le magreo las tetas, le cojo un rato el chocho por el culo, le bajo las bragas, negras guapas... Y pum... El culo, compadre..., blanco, blanco.

—Pero, cabrón... —Andrés volvía a reírse otra vez, cada vez más flojo.

—Cabrón no, Andrés... Pídele tú a Dios que no te arda la polla... Tú imagínate... Con el nabo en el pecho..., y la gorda así —se reía—, con el agua fresca..., y las tetas aquí...

Cati era amiga de mi madre y también de la madre de Andrés. Tenían los mismos años. Había tenido dos o tres *esto no es nada* y un par de novios soldados que no funcionaron. Con el tercero la cosa terminó peor. Era un mierda que se mamaba de blanco y que le daba hostias todos los días. El hermano de Cati, Tomás, que tenía una panadería en la calle San Ramón, salió una noche a fumar un cigarro al fresco de la acera. Tenía ya todo el trabajo hecho y solo le quedaba la liuda de los picos. Llevaba el mandil de amasar y un rodillo de castaño que había sacado para rascarlo del afrecho mientras fumaba. Vio que el mierda venía para arriba y que estaba borracho. Cantaba algo

de Farina. Se paraba a cada poco y se apoyaba en algún coche o en alguna puerta, escupía y seguía dando tumbos. Tomás acabó el cigarro y lo esperó detrás de la furgoneta de reparto con las puertas traseras abiertas. Cuando el mierda llegó, le dio un golpe seco en la frente y lo metió rápido. Cogió hacia la calle Isla Cristina y bajó hasta Tráfico Pesado, siguió hasta la Punta del Sebo y lo tiró a la ría con la marea bajando. Apareció a los cuatro días a la altura de la finca de Las Madres, en la orilla, hinchado y boca abajo.

Tomás volvió, cortó los picos, los metió al horno y esperó la cochura.

Cuando a Cati la vinieron a avisar, quiso llorar y no le salía. Varios años más tarde, con todo olvidado, Tomás le contó cómo había sido la cosa. Y muchos años detrás, al acabar un polvo, Cati se lo había contado a Julito y Julito a mí. ¿Tú te lo crees, Domingo...? ¿O serán cosas de la gorda?

Andrés seguía riendo mientras quemaba otro trozo. Eran más de las doce y la calle José Fariña hervía. De todas las tiendas entraba y salía gente. Muchas mujeres con bolsas y con los carros de la compra. Si a esa hora miras hacia la calle Bonares, una sucesión de carteles, letreros y rótulos luminosos apagados dan la sensación de ser una cadeneta de fichas de dominó multicolor. Los bloques son de tres y cuatro plantas, algunos de cinco. Por eso la luz llega como adormilada, como pasada por un tamiz. La calle es de sentido único hacia Federico Molina, pero algunas veces, si paran dos o tres camiones a descargar y hay coches mal aparcados, la bulla se monta rápido, y nosotros, que no andamos muy lejos, si podemos la engordamos.

Andrés terminó de liarlo, lo prensó golpeándolo cuidadosamente contra el cristal del reloj, lo miró un instante al trasluz, le quemó la punta y lo encendió. Nos apoyamos los tres en el capó del Renault 5. El sol se iba adueñando del acerado y el humo subía sin molestia ninguna. Andrés hacía los canutos más equilibrados del mundo. Empezamos a reír otra vez rollo flojo.

MARIO MARÍN

—Qué cabrón —Andrés insistía, me miraba a mí y después a Julito—..., con la gorda, y con el gato canelo por los pies...

—Cabrón no, Andrés, cabrón no...